

Ramón Díaz Eterovic
Diego Muñoz Valenzuela

CONTANDO EL CUENTO

ANTOLOGÍA JOVEN NARRATIVA CHILENA

sin fronteras

Ramón Díaz Eterovic, Diego Muñoz Valenzuela, **Contando el cuento**. Santiago, Editorial Sinfronteras, 1986, 261 páginas.

Camilo Marks

En septiembre de 1986, Ramón Díaz Eterovic y Diego Muñoz Valenzuela —actuales Presidente y Vicepresidente de la Sociedad de Escritores de Chile, SECh—, publicaron, bajo el alero de la editorial *Sinfronteras*, una notable antología de cuentos con el también notable título **Contando el cuento**. Sus autores nos expresan en el prólogo que ellos y los antologados “éramos adolescentes hacia los días finales de aquel estremecedor año 1973. Hasta agosto de ese año pensábamos que nuestro futuro iba a ser otro muy distinto al que nos ha correspondido vivir (o sobrevivir)”.

Se trata de la *generación del 80*, esto es, los hombres y mujeres que comenzaron a escribir regularmente y, a veces, a publicar en la década pasada. En total, **Contando el cuento** —ya una antología histórica— registra 34 narraciones breves de 17 autores —dos por persona— que en 1986 daban sus primeros pasos en nuestra prosa.

Como no hay primera sin segunda y como en la historia seis años no son nada, Ramón Díaz y Diego Muñoz reinciden con otra muestra antológica, emparentada en el título y en el con-

Como en la historia seis años son bastante menos que nada, Ramón Díaz y Diego Muñoz reinciden en **Andar con cuentos**, muestra antológica emparentada vía título y vía contenido con **Contando el cuento**, pero que representa un avance en el grado de profundidad y el conocimiento de la narrativa de la generación del 80.

tenido con la anterior pero que “representa un avance en el grado de profundidad del conocimiento de la narrativa de la *generación del 80*”.

Andar con cuentos, recién publicada, nos entrega 36 relatos del mismo número de autores y, a juzgar por la asistencia masiva de público al Instituto Cultural del Banco del Estado el día en que se presentó —8 de enero de 1992— y por la concurrencia continuada de personas a escuchar a los jóvenes escritores leer sus historias en las calurosas semanas que siguieron, esta antología debería tener muchas reediciones.

Durante el tiempo perdido

Es imposible, de un plumazo, apreciar críticamente 36 narraciones y es insensato incluso referirse a cada uno de los autores y sus cuentos. El hecho de mencionar a unos y no a otros no significará, pues, exclusiones voluntarias o prejuicio acerca de la calidad.

Pero antes de presentar algunas generalizaciones sobre la nueva antología, conviene reflexionar sobre el contexto en que surge **Andar con cuentos**.

En 1986 parecía que la historia de este país se había detenido para siempre y que la democracia no iba a retornar nunca. Seis años después, por lo menos



Una generación encontrada

se discute si la transición terminó o no y eso, que puede ser un avance, no es demasiado perceptible en los relatos —la mayoría muy sombríos— de **Andar con cuentos**.

Si bien muchos de ellos sobresalen por su extraordinaria vigencia, la impresión de tiempo suspendido que existía en 1986 se intensifica tras su lectura y las cosas siguen, por lo menos para la literatura, más o menos igual.

Es que estos jóvenes —algunos ahora bastante adultos, es cierto— nacidos entre 1948 y 1962 han vivido en una época que, en la literatura nacional, Jaime Hagel llamó “la era del ogro”. Su adolescencia terminó de repente con las hogueras de libros y el implacable cerrojo militar. Crecieron, maduraron, se casaron, empezaron a vivir y trabajar en un país no sólo con toque de queda y represión sin precedentes, sino también sin editoriales, sin diarios, sin teatro, con cines cerrándose todos los días, sin bibliotecas, en síntesis, sin cultura y, como se manifiesta en el prólogo de la antología, sin maestros y autores a los cuales seguir.

Independientemente de los resultados literarios que estos autores han producido o puedan producir, la generación del 80 es, en el sentido literal del término, la más rupturista que ha existido en este país. Ruptu-

rista porque no tuvo pasado y careció de un futuro que enfrentar. Esta impresión de corte, de ausencia de continuidad, constituye una característica perceptible en todos los cuentos de la antología.

Los unos y los otros

Por supuesto, las cosas han cambiado algo y muchos de estos escritores son ahora novelistas publicados con mayor o menor éxito y en algunos casos, con bastante más reconocimiento público que el que tenían hace más de seis años.

Repitiendo que la mención de nombres no implica exclusiones, son mucho más conocidos, hoy que ayer, Pía Barros, Ana María del Río, Gregory Cohen, Carlos Franz, Marco Antonio de la Parra, Jaime Collyer o Antonio Ostornol, todos novelistas que aportan en esta antología nuevas contribuciones al género breve, con excepción de Ostornol, quien mantiene su sólido relato *El hijo de Marcial*.

Andar con cuentos pretende, como dijimos, ampliar sustancialmente el repertorio de su predecesor **Contando el cuento** y lo consigue en gran escala. En primer lugar, por el número superior de narradoras que incluye; además de los nombres de Barros, Del Río y Sonia González, se suman los de Lilian El-

ANDAR CON CUENTOS

Nueva Narrativa Chilena

Diego Muñoz Valenzuela
Ramón Díaz Eterovic



MOSQUITO EDITORES

Diego Muñoz Valenzuela, Ramón Díaz Eterovic, **Andar con cuentos**. Santiago, Editorial Mosquito, 1992, 246 páginas.

phick, Juana Gallardo, Silvana Riqueros y Carolina Rivas, todas interesadas en profundizar su visión del mundo femenino.

En segundo lugar, se agregan numerosos escritores de provincias o que han residido o viven en el extranjero, como Mario Banic, Yair Carvajal, César Díaz Cid o Christian Guadiana, quienes ciertamente merecerían mayor difusión; es de esperar que esta antología estimule al público lector de literatura chilena, que milagrosamente parecería estar creciendo.

Por último, **Andar con cuentos** añade nuevas producciones de sus propios autores (aunque nos quedemos con *Auschwitz* de Diego Muñoz y *El tiempo frágil* de Ramón Díaz, de la anterior antología), de los ya conocidos y tempestuosos Roberto Rivera, Carlos Iturra o Jorge Marchant y presenta a escritores que, al decir de los antologadores, eclosionaron con posterioridad a 1986, tales como Pedro Lemebel, Eugenio Mimica o Claudio Jaque.

Es inevitable que todas las antologías deben poseer cierta dosis de arbitrariedad y algunas carencias y es imposible que **Andar con cuentos** no escape a esta regla. No sabemos si le fue pedida alguna muestra al exitoso Gonzalo Contreras. Y es una lástima que el tope de edades haya impedido la participación de los juveniles Alberto Fuguet y Andrea Maturana. La próxima selección de los vigorosos dirigentes de la SECh seguramente contendrá nuevas y mejores revelaciones.

Otras generalidades

Diego Muñoz y Ramón Díaz se quejan, con toda la razón del mundo, de la escasa difusión actual de los escritores chilenos y del nulo apoyo editorial. Esta situación sigue siendo desastrosa si exceptuamos a algunos pocos autores más o menos consagrados y a otros colocados en los circuitos publicitarios. A los escritores chilenos, en verdad, no se los lee, se los lee poco, no se les divulga, apenas se les da a conocer y muchas veces ni si-

quiera se critican sus obras.

Tal como lo dijimos en la presentación del libro, a dos años de reiniciarse la democracia en Chile, esto es una vergüenza. Ningún país puede hoy subsistir en forma mínimamente civilizada sin literatura y la literatura no puede generarse del aire, sin ninguna forma de apoyo.

Cuando aquí se afirma semi oficialmente que el cuento, como género, está desapareciendo, este libro demuestra precisamente lo contrario. Estamos frente a algo menos de medio centenar de relatos, algunos de incuestionable calidad y aun cuando, citando nuevamente a Ramón Díaz y Diego Muñoz, "será el tiempo el más implacable crítico de estos cuentos", algunos de ellos bien podrían hoy figurar en las antologías de calidad de los actuales cuentos hispanoamericanos.

Estamos, también, ante una nueva forma de narrar en nuestro país, muchas veces poderosa, casi siempre desembozada e ilimitadamente franca, vibrante y violenta, que definitivamente prescinde de la anécdota inmediata y que abarca una amplísima variedad temática.

Estos narradores y narradoras han roto amarras con los lastres naturalistas y el perfeccionismo formal que le siguió y casi todos poseen un lenguaje propio, personal, a veces acendradamente subjetivo, en casos muy experimental y, en la mayoría, muy accesible y digerible para el público actual. Ese lenguaje, naturalmente se expresa con mayor o menor soltura en algunos y con mayores o menores logros en otros, pero no hay creaciones anémicas o adocenadas en **Andar con cuentos**.

Algunos denominadores comunes

La atmósfera de muchos de estos cuentos es claustrofóbica, asfixiante, muchas veces demencial y al referirse a ellos Jaime Hägel acertadamente hizo

alusión a bolsas plásticas cerradas, tubos, piezas condenadas, ascensores. El ejemplo sobresaliente es, precisamente, *El ascensor* de Alvaro Cuadra, sutil y espeluznante metáfora de la gente que no vuelve más, de la que nunca se supo, cuyo paradero se ignora.

Hay, en otros relatos, elementos grotescos y pesadillescos que confluyen a dar una visión irónica, desgarradora y distorsionada por lo hiperrealista, como ocurre en momentos con las narraciones de Carlos Iturra, Jorge Marchant o Eduardo Correa.

Pero por sobre las interpretaciones y reevaluaciones que a futuro se hagan, subsiste una percepción general que hoy parece ética y literariamente muy valedera: ninguno de estos autores parece creerse todavía un precursor de la modernidad y no se divisan actitudes seudo post-modernistas. Es cierto que en muchos cuentos abunda el neoprén, la sexualidad pobre y resentida de los boleros y tangos o el delirio de una época muy alienada, pero no estamos, afortunadamente, ante pasajes literarios que se traducan en complacencia, autosatisfacción o conformidad frente al legado histórico reciente. Tal vez la falta de celebración del *statu quo* haga a estos autores poco atractivos para las editoriales.

Una última observación apunta al origen tan disímil de todos estos escritores. Entre los autores antologados hay ingenieros, abogados, médicos, administradores públicos, empleados y personas de las más variadas ocupaciones y oficios, incluidos, obviamente, algunos ex estudiantes o estudiosos de la literatura. Es decir, hay muchos que no provienen de institutos de estudios literarios y su aproximación a la literatura no ha sido forzosamente universitaria. Este rasgo otorga a **Andar con cuentos** un saludable equilibrio entre el ejercicio individual y el conocimiento académico. ■